

TRIBUNA UNIVERSITARIA

Brujuleando el daño inmaterial

El próximo julio se conmemorarán los 96 años del primer resarcimiento del daño moral en Colombia. Dicho hito en el estudio de la responsabilidad, se dio corolario al caso Villaveces mediante el cual se evocó por primera vez la indemnización de daños inmatrimales; tal reparación se dio por la exhumación no autorizada de un cadáver.

Aún así, a pesar de haber transcurrido casi 100 años desde que erigió en Colombia, hoy el panorama es incierto; por un lado, hay quienes sostienen que valorando el arbitrio judicial y la prudencia del juez, es al operador judicial a quien corresponde fijar el monto a reparar. Por otra parte, hay aquellos que arguyen que los topes sirven para garantizar la seguridad jurídica y que negarlos podría llevar a reactivaciones materializadas en enriquecimientos sin causa.

Precisamente, en una reciente decisión proferida por la Corte Suprema (12/17) se determinó: "en tratándose de esa clase de perjuicios, moral y de vida de relación, no existen máximos o mínimos, ni baremos preestablecidos, lo que descarta... que se aplique el mayor valor reconocido por la jurisprudencia nacional."

Pues bien:

La víctima, tras sufrir la pérdida de un ojo por error de diagnóstico médico, radicó demanda pretendiendo la declaratoria de responsabilidad civil y su consecuente indemnización patrimonial y extrapatrimonial por el daño sufrido.

Surtida la etapa procesal, el juez de primera instancia dictó sentencia en el sentido de declarar la responsabilidad civil y condenar al pago de daños inmatrimales. Comoquiera, que el monto reconocido por el juez de primera instancia fue inferior al anteriormente fijado por la CSJ (2016), la parte demandante



JORGE ANDRÉS ARANGO RESTREPO
jorgearangoarestrepo@hotmail.com

presentó recurso de apelación solicitando fijar el monto de los perjuicios teniendo en cuenta el máximo reconocido.

Adelantada la segunda instancia, el Tribunal ordenó revocar el fallo de primer ruego, teniendo en cuenta su escasa valoración probatoria, y en este sentido, determinó negar la totalidad de las pretensiones.

Al estimar por parte de la víctima que el fallo de segunda instancia presentó yerros en lo sustancial y procesal, el demandante invocó recurso extraordinario de casación.

Considerado el caso en concreto, la CSJ profirió sentencia sustitutiva confirmando el fallo de primera instancia por el cual se concedió la indemnización por daño moral; no obstante, atendiendo el criterio de arbitrio judicial y soportada en el argumento citado previamente, aumentó en un 25% el monto fijado por el juez a quo.

Visto lo anterior, es dable concluir que la Sala Civil de la CSJ perdura en su incertidumbre respecto del criterio a aplicar con ocasión a la cuantificación de daños inmatrimales, y en efecto, vale preguntarse: ¿Son los montos una camisa de fuerza para el operador judicial o por el contrario, son un simple criterio orientador para que este, atendiendo los criterios de sana crítica y arbitrio judicial, tase los perjuicios?



A DIFERENCIA DE OTROS CASOS, EN EL CASO DEL CEMENTO LOS ACTOS "PROBATORIOS" LUCEN MUCHO MÁS DÉBILES

un tema de ciclo de recalentamiento y de escasez relativa del producto y no necesariamente de "cartelización aparente".

Durante 2013-2016, los precios del cemento llegaron a máximos de +30pp por encima de su promedio histórico real. Este recalentamiento del sector tenía como contrapartida un auge del PIB-constructor del +33,3% real durante esos 3 años, impulsado por la "enfermedad holandesa" y el auge de los bienes no-transables (como la vivienda). Nótese cómo dicho auge se revirtió durante 2017, regresando los precios del cemento a su promedio histórico.

En síntesis, a diferencia de los eventos del 2005-2006 sobre cartelización para sacar del mercado a empresas débiles, la SIC debería contemplar con mayor detenimiento a analítica la hipótesis alternativa de ciclo económico como determinante de la trayectoria del precio del cemento.

SAS, que inicialmente desarrolló un software de estadística muy utilizado en el mundo académico, migró a convertirse hoy en una robusta empresa de consultoría tecnológica. SAS les proporciona a las empresas la capacidad de integrar, clasificar y analizar los datos para generar valor en el conocimiento. La analítica les permite resolver problemas complejos en las diferentes áreas del negocio. En la oferta se parte de un supuesto fundamental muy fuerte y es que el activo más importante de una organización es el conjunto de datos que tiene sobre sus clientes.

El competido mundo de los grandes negocios se venía repartiendo entre estos tres gigantes,

hasta que apareció una nueva empresa, con flujo de caja para invertir. En el panorama llegó Jeff Bezos nuevamente para ser disruptivo. Amazon ha entrado a jugar a ofrecer espacio en la nube y aplicativos rápidos y fáciles de comercio electrónico para pequeños comerciantes. Amazon, además de competirle a IBM, SAS y Oracle, quiere rebote usar su plataforma para quebrar el duopolio que hoy tienen Google y Facebook en temas de publicidad digital. El poder de Amazon no es despreciable y puede voltear las cosas en ambas industrias, llevando el estándar a un nuevo nivel de sofisticación.

La mayoría de empresas que intentan una transformación

digital se enfrentan a una complicada coyuntura. Los directivos, desde vicepresidentes para arriba, pertenecen a generaciones que crecieron antes del desarrollo de la era internet. Los técnicos y operativos jóvenes que muchas veces llevan estas iniciativas son de una generación siguiente, crecieron cuando Internet y la economía digital eran una realidad. Ese choque generacional, de lenguaje y de punto de vista digital, pueden poner en riesgo los proyectos digitales. El gran reto de mezclar juventud con experiencia depende del equilibrio del empresario que sabe que si no se transforma en pocos años el mercado mismo lo puede sacar del juego.



JORGE IVÁN GONZÁLEZ
Profesor
Universidades
Nacional y
Externado
jorgeivan.gonzalez29@gmail.com

Indicadores alarmantes

Ante la falta de estadísticas oficiales, tres universidades de Venezuela acaban de publicar los resultados de la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (Encovi) de 2017. El estudio fue realizado por las universidades Central de Venezuela, Simón Bolívar y Católica Andrés Bello. Los datos son sorprendentes por tres razones. Primero, por las alternativas metodológicas propuestas. Segundo, por el deterioro significativo de la calidad de vida. Y, tercero, porque la situación actual de Venezuela era inimaginable hace 10 años.

El gran reto metodológico que tuvieron que resolver las universidades consistía en encontrar la forma de hacer comparaciones intertemporales en ausencia de una unidad monetaria que sea estable a lo largo de los años. La inflación de Venezuela ha llegado a niveles altísimos, sin que nadie sepa con certeza cuál es la cifra. El Fondo Monetario estima que en 2017 fue de 10.000% y cree que en 2018 llegará a 15.000%. Según los datos de la Asamblea Nacional, en 2017 la inflación fue de 2.000%. Aún con el porcentaje del 2.000%, es claro que el bolívar ha perdido dos características básicas de cualquier moneda: ha dejado de ser medida del valor y es un pésimo medio de cambio. Estas fluctuaciones de los precios tan elevadas impiden hacer comparaciones interanuales mínimamente confiables. Por esta razón, el análisis de la Encovi se tuvo que realizar, sobre todo, con indicadores que no son monetarios, y este ejercicio es muy complejo, especialmente cuando se trata de examinar la evolución a lo largo del tiempo.

El deterioro de la calidad de vida es alarmante. El estudio de las universidades incluye varias dimensiones: pobreza, alimentación, salud, educación, seguridad personal, emigración y trabajo. La incidencia de la pobreza extrema pasó de 23,6% en 2014 a 61,2%. Y, además, la brecha entre regiones se ha acentuado. La pobreza multidimensional pasó de 41,3% en 2015 a 51,1% en 2017. Las privaciones son especialmente significativas en el componente de empleo y protección social. El número de personas que tiene que buscar subsidios ha aumentado de manera significativa. En 2015 había 6,5 millones de personas beneficiarias de la Misión de Alimentación. Esta cifra se duplicó y en 2017 llegó a 12,6 millones. En 2014, 79,4% de las familias comían pollo. En 2017, el porcentaje se redujo a 34,3%. Algo similar sucedió con la carne, y los porcentajes cayeron de 74,8% a 39,9%. Para el 89,4% de las familias, el ingreso que recibe no es suficiente para adquirir los alimentos básicos. En el informe de las universidades abundan los indicadores. Apenas he mencionado algunos.

El agudo deterioro de la calidad de vida de los venezolanos era impensable hace 10 años. Va quedando muy poco de los avances que había logrado Venezuela en calidad de vida. El retroceso muestra que las sociedades son frágiles, y que las dinámicas negativas una vez que comienzan pueden generar círculos viciosos imparable. La llamada revolución bolivariana no logró mejorar de manera sostenible el nivel de vida del país. La bonanza petrolera no se sembró y el ideal distributivo no se alcanzó. Y aunque el fracaso es contundente, el ciclo perverso no se ha detenido, y las medidas económicas que recientemente ha tomado el gobierno de Maduro tampoco resolverán el problema. La nueva moneda virtual, el petro, no es la solución milagrosa.

EL AGUDO DETERIORO DE LA CALIDAD DE VIDA DE LOS VENEZOLANOS ERA IMPENSABLE HACE 10 AÑOS